

Lenguajes de nación. Las «experiencias de nación» y los procesos de nacionalización: propuestas para un debate

*Ferran Archilés**

Universitat de València

Resumen: Este artículo plantea unas reflexiones sobre la posibilidad de elaborar un marco histórico teórico y conceptual para una historia social de los procesos de nacionalización. Para ello, se propone discutir el concepto de experiencias de nación, a partir de los debates que en la historia social y cultural han cuestionado el concepto mismo de experiencia. A través de una doble perspectiva, de la identidad narrativamente construida y de la historia de la vida cotidiana, se propone la idea de las experiencias de nación como un *continuum*, tomando la idea de espacios sociales como eje.

Palabras clave: nacionalismo, procesos de nacionalización, identidad, experiencia, historia social.

Abstract: This article presents some reflections on the possibility of developing a conceptual and historical theoretical framework for a social history of the nationalization process. To do this, it is proposed to discuss the concept of «nation experiences», based on the debates that in social and cultural history have questioned the very concept of experience. Through a dual perspective, narratively constructed identity and history of everyday life, it is proposed the idea of the nation experiences as a continuum, taking the idea of social spaces as axis.

Keywords: nationalism, nationalization, identity, experience, social history.

* El autor participa en el proyecto «De la dictadura nacionalista a la España democrática de las autonomías: política, cultura, identidades colectivas» (HAR2012-27392), del Ministerio de Economía y Competitividad.

La «experiencia» como problema

En noviembre de 1963 se publicó la primera edición de un libro destinado a cambiar la faz de la historia social. *La formación de la clase obrera en Inglaterra* de Edward P. Thompson había nacido del impulso de disponer de un manual para la enseñanza de adultos, pero se convirtió en algo notablemente distinto, y de mucho mayor alcance. En aquella obra, Thompson reescribía su objeto de estudio, el proceso de construcción de la clase obrera, y lo hacía elaborando una nueva formulación del concepto de «experiencia». Ésta era una de las novedades más importantes del libro, y desde luego de las más destinadas a perdurar, al situar el concepto de experiencia como eje, como fundamento, de la conciencia de clase. Para Thompson «class happens when some men, as a result of common experiences (inherited or shared), feel and articulate the identity of their interests as between themselves, and as against other men whose interests are different from (and usually opposed to) theirs»¹. Es una historia bien conocida que durante más de una década y media la historia social (de inspiración thompsoniana o no) desplegó una suerte de fructífera hegemonía. Con todo, el concepto de clase siguió siendo objeto de debates, como lo había sido mucho antes de la publicación de la obra de Thompson, pero la noción de experiencia no lo fue tanto². Habría que esperar hasta la década de los años ochenta para que, bajo el impacto de lo que se conoció como «giro lingüístico», la experiencia fuera abordada de una manera crítica. Sin duda, en el corazón de aquellos frecuentemente ásperos debates subyacía la naturaleza de la determinación económica última del concepto de clase y, de su mano, del de experiencia. La obra de Thompson había inspirado (junto con desarrollos paralelos en otras disciplinas además de la historia)³ una historiografía social

¹ Edward P. THOMPSON: *The making of the English working class*, Londres, Victor Gollancz, 1965, p. 9.

² Lo que por supuesto no significa que otras disciplinas no reflexionaran sobre ello, aunque los historiadores no prestaron mucha atención. Un ejemplo paradigmático puede ser Daniel D. DENNETT: «Are Dreams Experience?», en Daniel C. DENNETT: *Brainstorms. Philosophical essays on Mind and Psychology*, Massachusetts, Harvester Press, 1979, pp. 129-148.

³ Denis L. DWORKIN: *Cultural Materialism in Postwar Britain: History, the New Left and the Origin of Cultural Studies*, Durham DC, Duke University Press, 1997.

que convino en llamarse «culturalista» (aunque ésta era una expresión que disgustaba al propio Thompson), donde la autonomía de la conciencia de clase y su articulación cultural entraban en juego⁴. Más allá de Thompson, y de la mano de una historiografía de fuerte inspiración teórica, en concreto de una cierta lectura del posestructuralismo francés, se fue abriendo paso la idea de la centralidad de los lenguajes (y su autonomía relativa o absoluta) en la construcción de las identidades de clase. *Lenguajes de clase* fue precisamente el título que Gareth Stedman Jones dio a su enormemente influyente recopilación de artículos aparecida en 1984⁵.

En 1991, y sintetizando desarrollos de su trabajo de la década anterior, Joan W. Scott publicaba una reflexión sobre la experiencia como «prueba», esto es, como fundamento último y causa de la conciencia y la identidad⁶. Con toda la fuerza de una perspectiva basada en la historiografía feminista, tanto como en la influencia teórica del deconstruccionismo de inspiración derrideana, Scott lanzaba un desafío a la idea thompsoniana de considerar la experiencia (en la medida que estuviera determinada por la condición económica) como fundamento de la conciencia de clase, como fundamento en realidad de toda identidad colectiva (e individual).

Durante los años ochenta y noventa del siglo XX, pues en la primera década del siglo XXI la intensidad —y acritud— de los debates parece haberse moderado⁷, la historia social experimentó un proceso de cuestionamiento y redefinición, con respuestas para todos los gustos. Incluso, moviéndose en sentidos opuestos, hay autores como Geoff Eley y William H. Sewell Jr. que parecen ofrecer una

⁴ Sobre la dificultad de situar a Thompson en posturas «culturalistas», véase William H. SEWELL: «Cómo se forman las clases: reflexiones críticas en torno a la teoría de E. P. Thompson sobre la formación de la clase obrera», *Historia social*, 18 (1994), pp. 77-102.

⁵ Un balance que sitúa en perspectiva el impacto de la obra de G. S. Jones en David FELDMAN y John LAWRENCE: «Introduction: structures and transformations in British Historiography», en David FELDMAN (ed.): *Structures and Transformations in Modern British History*, Cambridge, Cambridge University Press, 2011, pp. 1-24.

⁶ Joan W. SCOTT: «La experiencia como prueba», en Neus CARBONELL y Meri TORRAS (eds): *Feminismos literarios*, Madrid, Arco-Libros, 1999, pp. 77-112. Véase también «Sobre el lenguaje, el género y la historia de la clase obrera», *Historia Social*, 4 (1989), pp. 81-98.

⁷ Aunque no los desafíos, véase el dossier coordinado por Miguel A. CABRERA: «Más allá de la historia social», *Ayer*, 62 (2006), pp. 9-194.

especie de tregua creativa para la historia social y la influencia en ella de la historia cultural y el giro lingüístico⁸. El vocabulario y los objetivos de los historiadores se han llenado de referencias a la dimensión cultural, los lenguajes y las representaciones, como manera de abordar el estudio de la identidad, en lo que tal vez sea el efecto más perdurable de aquellos debates.

A la postre y específicamente sobre el tema que nos ocupa, los debates oscilaron entre posiciones de un constructivismo extremo frente a planteamientos esencialistas⁹. En mi opinión, sea cual sea la postura final que quiera adoptarse, el impacto del cuestionamiento de la idea de experiencia como fundamento determinante de la identidad y el papel que desempeñan en ella los lenguajes como articuladores de la misma, no puede ser ignorado. No puede serlo, no sólo respecto de las identidades de clase, sino respecto de cualquier otra identidad colectiva, como es el caso de la identidad nacional.

En 2006 apunté la idea de la potencialidad que una noción como la de «experiencias de nación» podía tener para el estudio de las identidades colectivas nacionales, y específicamente de la española¹⁰. Aquel trabajo (que no pretendía ser un programa cerrado) partía de dos supuestos implícitos. En primer lugar, que para el estudio de la construcción de las identidades nacionales es necesaria una dimensión inspirada en la historia social, en la manera como los diversos grupos sociales viven y experimentan la identidad nacional, y no sólo la sufren de manera pasiva. En segundo lugar, que la noción de experiencia, precisamente a la luz de los debates apuntados, no podía ser considerada como un elemento predeterminado, y la expe-

⁸ Geoff ELEY: *Una línea torcida. De la historia cultural a la historia de la sociedad*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2008, y William H. SEWELL: *Logics of History: social theory and social transformation*, Chicago, Chicago University Press, 2006.

⁹ Véase una excelente reflexión en Dominick LACAPRA: *History in Transit. Experience, Identity, Critical Theory*, Ithaca, Cornell University Press, 2004, pp. 35 y ss. Dejo al margen la reflexión filosófica sobre el concepto. Véase Martin JAY: *Songs of Experience: Modern American and European Variations on a Universal Theme*, Berkeley, University of California Press, 2005.

¹⁰ Ferran ARCHILÉS: «¿Experiencias de nación? Nacionalización e identidades en la España restauracionista (1898-c.1920)», en Javier MORENO (ed.): *Construir España. Nacionalismo español y procesos de nacionalización*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2007, pp. 127-152, e id.: «Vivir la comunidad imaginada. Nacionalismo español e identidades en la España de la Restauración», *Historia de la Educación*, 27 (2008), pp. 57-85.

riencia de nación, por tanto, no debía ser sólo vista como una serie de contenidos dispuestos para su consumo por parte de los grupos sociales (especialmente en una perspectiva «desde abajo»). Una noción predeterminada que sólo podría resolverse, además, en la dicotomía de éxito o fracaso absoluto en su implementación.

Sin embargo, en los grandes trabajos de historia social sobre la clase obrera como son los de E. P. Thompson¹¹ o William H. Sewell Jr. (así como tampoco en los de G. S. Jones, Patrick Joyce o Joan W. Scott), a pesar de que sus investigaciones se plantearon como estudios en un marco inequívocamente nacional, éste resultó naturalizado de manera problemática, en agudo contraste con la complejidad del análisis dedicado precisamente a la matización de las actitudes de clase escrutadas¹². En realidad, la incomodidad de la historiografía social, y especialmente de inspiración marxista, a la hora de abordar la cuestión de la identidad nacional (o el «nacionalismo» en sentido lato) tiene raíces profundas¹³. Pero no deja de ser muy significativo que en el caso de naciones con identidad estatal garantizada, como es el caso de Inglaterra y Francia, los investigadores no hayan sido capaces de percibir (en realidad hasta fechas recientes) la complejidad del concepto mismo¹⁴. En general, el des-

¹¹ Cabe recordar también Edward P. THOMPSON: *Las peculiaridades de lo inglés y otros ensayos*, Valencia, UNED, 2002, pp. 19-106. Sobre la manera de Thompson de abordar lo «inglés», Arthur AUGHEY: *The Politics of Englishness*, Manchester, Manchester University Press, 2007, pp. 45 y ss.

¹² William H. SEWELL: *Trabajo y revolución en Francia: el lenguaje del movimiento obrero desde el Antiguo Régimen hasta 1848*, Madrid, Taurus, 1992. Sewell, de hecho, insistía a lo largo del libro y como factor explicativo, en el papel clave que la política de París tenía en el conjunto de Francia como modelo y motor, sin reflexionar sobre la construcción del ámbito nacional.

¹³ Irónicamente, la última reseña que firmó Thompson fue la (favorablemente) dedicada a un trabajo sobre la identidad nacional británica, como era el de Linda Colley, *Britons*. En ella llegó a mostrar su fatiga ante el que calificó de uso excesivo del concepto de clase por parte de los historiadores radicales de los años sesenta y setenta, en lo que era una prueba del sorprendente viraje de sus planteamientos en los últimos años de su vida. Scott HAMILTON: *The Crisis of Theory. E. P. Thompson, the New Left and Postwar British Politics*, Manchester, Manchester University Press, 2011, pp. 263-264.

¹⁴ La excepción, sin duda es Eric Hobsbawm (así como en un sentido radicalmente opuesto Tom Nairn), en quien el sentido derogatorio de la concepción del nacionalismo explica la razón de su interés. Un texto característicamente ambivalente sobre el caso británico, de la misma escuela historiográfica, Victor KIERMAN: «Working Class and Nation in Nineteenth Century Britain», en Maurice

crédito del nacionalismo en Europa tras la guerra alejó a los historiadores de su estudio, lo que no significa que ciertas inveteradas pautas no se mantuvieran subyacentes¹⁵.

Asimismo, en segundo lugar, no es menos paradójico que, en la historiografía dedicada al estudio de los procesos de construcción nacional, incluyendo los trabajos que se plantean a partir del estudio de los grupos sociales y sus actitudes, el impacto de los debates sobre los lenguajes y la experiencia sea inexistente (pues se limitan a indagar en los «apoyos sociales» de las clases a los proyectos nacionalistas)¹⁶. E incluso si parece ampliamente aceptada la interpretación «culturalista» de la comunidad imaginada según la formulación de Benedict Anderson, estamos lejos de que se haya recorrido un camino similar al de la historia social. Tal vez no es casual que el propio trabajo de Benedict Anderson no sea, por lo que respecta a la historia social, una obra en exceso sofisticada, sino más bien un trabajo clásico en su manera de entender la difusión social de las identidades nacionales.

¿Sería posible avanzar en el desarrollo de un marco teórico que incorpore la noción de experiencia y la complejidad que los debates en torno a la misma se han desplegado en la historia social, al estudio de los procesos de construcción de identidades nacionales y de nacionalización?

CORNFORTH: *Rebels and their Causes. Essays in Honour of A. L. Morton*, Londres, Lawrence and Wishart, 1978, pp. 123-140. De hecho, ninguno de sus compañeros de la escuela del marxismo británico, con la excepción señalada, incidió en este ámbito. Raymond Williams, por ejemplo, galés de origen, no dedicó una atención específica a su dimensión «periférica» hasta sus últimos trabajos (aunque sí estaba presente en sus novelas) cuando su obra se había caracterizado por asumir una dimensión no ya nacionalmente característica, sino incluso «anglocéntrica». Raymond WILLIAMS: *Who speaks for Wales? Nation, Culture, Identity*, Cardiff, Wales University Press, 2008.

¹⁵ Stefan BERGER: «The power of national pasts: Writing National History in Nineteenth and Twentieth Century Europe», en Stefan BERGER (ed.): *Writing the Nation. A Global Perspective*, Basingstoke, Palgrave, 2007, pp. 30-62.

¹⁶ Es el caso del, por otra parte imprescindible, trabajo de Miroslav HROCH: *Social Preconditions of National Revival in Europe. A Comparative Analysis of the Social Composition of Patriotic groups among the smaller European Nations*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985.

Una cierta idea de nacionalización

Probablemente estamos todavía lejos de disponer de un marco sólido de análisis de la construcción de las identidades nacionales y su interiorización por parte de los sujetos desde una perspectiva de historia social y cultural renovadas. La mayoría de trabajos realizados en este sentido ha insistido casi de manera exclusiva en la función del Estado a la hora de fomentar y difundir los discursos del nacionalismo. Sería a partir de ahí, en definitiva, cómo, rígidamente desde arriba hacia abajo, tendría lugar el mecanismo de «interiorización» de las identidades. La obra de Eugene Weber dedicada a la construcción de la identidad nacional francesa es el paradigma más acabado de este tipo de planteamientos. Para Weber, la modernización implicaría la erosión de las identidades tradicionales (esto es, rurales y por extensión «regionales») en un proceso que desde la acción del Estado (y a través del ferrocarril, la Escuela y el servicio militar) tendería a homogeneizar la nación, también en sentido cultural (no en balde la imagen preferida de Weber habla de una Francia rural sometida a condiciones similares a las de las colonias ante la acción imperial)¹⁷. De esta manera, los individuos (así los campesinos) parecen ser concebidos como recipientes vacíos sobre los que verter el contenido que ha de rellenar su identidad nacional. Sin embargo, las revisiones a que se ha sometido a la obra de Weber parecen insistir tanto en la cronología que el autor planteó y en las teorías de la modernización en que se basó como en la incapacidad de entender los procesos de negociación (así en los territorios de las regiones y provincias) de la identidad en juego¹⁸.

¹⁷ Eugen WEBER: *Peasants into Frenchmen. The Modernization of Rural France, 1870-1914*, Stanford, Stanford University Press, 1976. Sin embargo, en el trabajo canónico sobre los procesos de nacionalización en Alemania, George Mosse ya argumentó sobre la importancia decisiva de las dimensiones no directamente estatales en la construcción y difusión de la identidad alemana, como el movimiento obrero o el teatro. Véase George L. MOSSE: *La nacionalización de las masas*, Madrid, Marcial Pons, 2002.

¹⁸ Un trabajo especialmente relevante, realizado en los años ochenta del siglo XX en la región del Auvergnat, muestra la fuerza del mantenimiento de la identidad local junto con la nacional francesa, cuestionando el papel unidireccional de la escolarización, a través de un proceso de «persistencia, resistencia y coexistencia». Deborah REED-DANAHAY: *Education and Identity in Rural France*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996. Un balance general en Miguel CABO y Fernando

Por su parte, Ernest Gellner, en sus trabajos clásicos, insistió repetidamente en la importancia de la creación de una «cultura nacional» (idea que recogería Benedict Anderson) —como esfera de comunicación nacionalizada— entendida como correlato necesario del proceso de modernización y por tanto como elemento clave para la configuración de la identidad nacional¹⁹. Para Gellner, la homogeneización cultural sería un resultado derivado del proceso de industrialización de las sociedades. A su vez, la concepción de la cultura subyacente parece remitir a un concepto bastante funcionalista e instrumental de la misma (que compartiría además con cierta historiografía marxista). A partir de ahí, la construcción de las identidades nacionales consiste, básicamente, en la difusión de estos planteamientos, mediante un esquema casi por completo exclusivo de difusión desde arriba hacia abajo muy similar al adoptado por Eugene Weber²⁰.

En definitiva, es bastante aleccionador el hecho de que, incluso en el caso de programas de definición de una identidad nacional tan absolutamente explícitos y autoconscientes como fue el programa del Risorgimento italiano, la interacción entre las «invenciones» y las experiencias fuera una característica. Como ha mostrado Alberto M. Banti, el programa *risorgimental* adaptó imágenes y «gramáticas» simbólicas preexistentes procedentes de tradiciones previas, ampliamente difundidas (pero no nacionales) que estaban cargadas de sentido para los sujetos históricos, y que quedaban adaptadas a las nuevas necesidades. De esta manera «aprender» la nación pudo ser mucho más fácil, más «obvio»²¹.

Aunque sin que exista nada parecido a un consenso, uno de los legados más interesantes de los debates producidos en los últimos

MOLINA: «The long and winding road of Nationalization: Eugene Weber's Peasants into Frenchmen in modern European history (1976-2006)», *European History Quarterly*, 39-2 (2009), pp. 264-286.

¹⁹ Esta concepción, basada rígidamente en las teorías de la modernización, ha sido, con razón, uno de los objetos de crítica más reiterados a Gellner. Véase, John A. HALL (ed.): *Estado y nación: Ernest Gellner y la teoría del nacionalismo*, Cambridge-Madrid, Cambridge University Press, 2000.

²⁰ Este mismo esquema es el que nutre los trabajos, especialmente del primero de los editores, en Eric J. HOBBSBAWM y Terence RANGER (eds.): *La invención de la tradición*, Barcelona, Crítica, 2000.

²¹ Alberto M. BANTI: *La nazione del Risorgimento. Parentela, sanità e onore alle origine dell'Italia unita*, Turín, Einaudi, 2000.

años en la historia social y cultural es precisamente el que tiene que ver con la reconsideración del lugar de la cultura, así como de los lenguajes y narrativas en torno a los que se articula, en tanto que piezas centrales para la configuración (para la construcción cultural autoconsciente) de las identidades²².

Implícitamente, parece haberse generalizado la concepción de que las identidades no son «fijas», sino fracturadas y móviles, en construcción constante (en el fondo «procesos», como, tal vez, hubiera dicho E. P. Thompson, pero en un sentido más profundo)²³. En mi opinión, resulta especialmente útil dar un paso más allá y aceptar el carácter narrativo de las mismas²⁴. Y singularmente el carácter narrativo de la nación. Nación es narración, ha afirmado Stefan Berger, adaptando e historizando la reflexión de Homi Bhabha²⁵. Todas las narrativas son «estratégicas, funcionales y dirigidas hacia un propósito», por lo que no cabe tampoco forma alguna de esencialización de las mismas²⁶. La nacional es una identidad narrativa, fluida, cambiante, codificada en relatos sobre quien se es o se quiere ser (y, por tanto, sobre quien no se es o se quiere ser) y en la cual la ansiedad por no ser o no ser suficientemente está presente. Relatos y narraciones que pueden ser elaborados y consumidos por grupos sociales distintos. Todos narran, a sí mismos y a los demás, podríamos decir, aunque lo hagan desde posturas de poder e influencia distintas.

Como ya señalara Margaret R. Sommers (una autora que ha aplicado esta reflexión a la identidad de clase), la experiencia está cons-

²² Victoria E. BONNELL y Lynn HUNT (eds.): *Beyond the Cultural Turn. New Directions in the Study of Society and Culture*, Berkeley, University of California Press, 1999.

²³ Valga por todos la reflexión clásica de uno de los autores más relevantes de la tradición de los estudios culturales británicos, Stuart HALL: «Who needs “Identity”?», en Stuart HALL y Paul DU GAY (eds.): *Questions of Cultural Identity*, Londres, Sage, 1996, pp. 1-17.

²⁴ Véase la sugerente reflexión sobre el papel de la narrativa en la historia social que apuntó Patrick JOYCE: *Democratic Subjects. The Self and the Social in Nineteenth-Century England*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994, pp. 153-161.

²⁵ Stefan BERGER: «Introduction: narrating the nation: Historiography and Other Genres», en Stefan BERGER, Linas ERIKSONAS y Andrew MYCOCK (eds.): *Narrating the nation. Representations in History, Media and the Arts*, Nueva York-Oxford, Berghahn Books, 2008, p. XII.

²⁶ Catherine K. RIESSMAN: *Narrative Methods for the Human Sciences*, Los Ángeles, Sage, 2010, p. 8.

tituida a través de narrativas, mediante las cuales los sujetos tratan de dotar de sentido a lo que sucede y que guían, sobre la base de expectativas y recuerdos, sus acciones de acuerdo con repertorios culturalmente disponibles²⁷. Si esto es así en todas las identidades colectivas, sin duda lo es muy claramente en el caso de la identidad nacional. La «comunidad imaginada» es precisamente una narrativa, a través de la cual los sujetos orientan su identidad colectiva.

¿Cuál pudo ser, por lo tanto, la relación de los sujetos respecto de la «cultura nacional»? ¿Cómo pudo articularse la existencia de una cultura nacional y sus narrativas de identidad promovida y facilitada por el Estado con dinámicas producidas desde abajo²⁸ («autónomamente» o lo que es más probable en interacción)?

Para intentar avanzar propongo abordar una perspectiva de la identidad nacional entendida en términos no sólo estrictamente políticos (y, por lo tanto, que pueda ser estudiada no sólo desde la «historia política»), sino prestando especial atención a la dimensión cultural como pieza clave a la hora de configurar la autocomprensión de los sujetos. Según Umut Özkirimli, el nacionalismo debe entenderse como «a particular way of seeing and interpreting the world, a frame of reference that helps us make sense of and structure the reality that surround us». Por ello, esta dimensión cognitiva del discurso nacionalista implica que éste afecta a toda nuestra manera de entender y estar en el mundo²⁹.

En este sentido, resulta especialmente relevante explorar la fórmula que, a mediados de los años noventa, acuñó el psicólogo social Michael Billig y a la que denominó «Banal nationalism»³⁰. Una noción de banal, como es sabido, entendida, no en el sentido de

²⁷ Margaret R. SOMMERS y Gloria D. GIBSON: «Reclaiming the epistemological other. Narrative and the social constitution of identity», en Craig CALHOUN (ed.): *Social Theory and the Politics of Identity*, Cambridge MA, Blackwell, 1994, pp. 38-39. Véase también Margaret R. SOMMERS: «Deconstructing and reconstructing Class formation Theory: Narrative, relational Analysis and Social Theory», en John R. HALL (ed.): *Reworking Class*, Ithaca, Cornell, 1997, pp. 73-109.

²⁸ Sobre las dificultades de definir esta dimensión «desde abajo», Maarten VAN GINDERACHTER y Marnix BEYEN: «General Introduction: Writing the mass into a mass phenomenon», en Maarten VAN GINDERACHTER y Marnix BEYEN (eds.): *Nationhood from Below. Europe in the Long Nineteenth Century*, Basingstoke, Palgrave, 2012, pp. 3-22.

²⁹ Umut ÖZKIRIMLI: *Contemporary Debates on Nationalism. A Critical Engagement*, Basingstoke, Palgrave, 2005, p. 30.

³⁰ Michael BILLIG: *Banal Nationalism*, Londres, Sage, 1995.

irrelevante, sino exactamente al revés, en la medida que comporta una percepción «inconsciente» en tanto que naturalizada y por tanto experimentada como no problemática. De hecho para Billig el sentimiento, por ejemplo respecto de símbolos como la bandera, sería más intenso y profundo cuanto menos deliberado y explícitamente consciente³¹.

Esta idea conlleva implícito el carácter cotidiano, la producción y reproducción en el «everyday life» de la identidad nacional. Paradójicamente, Billig tiende en su trabajo a dar por seguro el éxito de la identidad y su banalización en la vida cotidiana sin explorar los mecanismos sociales de recepción de la misma en los sujetos concretos³². En el fondo, su trabajo es sobre todo un estudio de los marcos interpretativos, a partir de su dimensión nacionalizada y como se ofrecen a los individuos de una nación dada. Su trabajo no es el propio de la historia social, en efecto. No hay que olvidar que para Billig el nacionalismo banal no se puede separar de la acción primera y exitosa del Estado, precondition necesaria de la «banalidad», y ello hace que dé por probado en los casos que analiza (Estados Unidos e Inglaterra) el resultado final³³.

Un desarrollo explícito de los postulados de Michael Billig es el que ha llevado a cabo Tim Edensor mostrando la relevancia de la cultura popular (y la cultura material) en la construcción de la identidad nacional. En su obra, trata de aprovechar tanto la sociología de la vida cotidiana como la microsociología de la tradición de Erving Goffman³⁴. Desde esta perspectiva, ninguna dimensión por ínfima que pueda parecer resulta irrelevante (el marco local, la vivencia del espacio urbano, la interacción individual, las pautas de consumo, las formas de vestir o comer).

³¹ Algunas reflexiones al respecto en Thomas H. ERIKSEN: «Some Questions about flags», en Thomas H. ERIKSEN y Richard JENKINS (eds.): *Flag, Nation and Symbolism in Europe and America*, Londres-Nueva York, Routledge, 2007, pp. 1-13.

³² Algo que sí había hecho en su trabajo inmediatamente precedente, Michael BILLIG: *Talking of the Royal Family*, Londres-Nueva York, Routledge, 1992.

³³ Una sofisticada, aunque no del todo convincente, reconsideración de planteamientos en la estela de Billig en Michael SKEY: *National Belonging and Everyday Life. The Significance of Nationhood in an Uncertain World*, Basings-toke, Palgrave, 2011.

³⁴ Tim EDENSOR: *National Identity, Popular Culture and Everyday Life*, Oxford-Nueva York, Berg, 2002, e íd.: «Reconsidering national Temporalities. Institutional Times, Everyday routines, serial spaces and synchronicities», *European Journal of Social Theory*, 9(4) (2006), pp. 525-545.

No deja de resultar significativo que no haya sido desde la «historia de la vida cotidiana», esto es desde un ámbito consolidado a partir ya fuera de la *Nouvelle histoire*, la historia popular británica o la *Alltagsgeschichte*, sino desde la sociología y los estudios culturales desde donde se haya abordado este estudio. La rígida separación metodológica y la manifiesta enemistad ideológica entre la historia social y la historia del nacionalismo han hecho, por tanto, que el punto de encuentro se haya demorado. Y lo mismo sucedió con la historia cultural. Tras más de treinta años de renovación de los estudios sobre nacionalismo, disponemos de pocos trabajos de microhistoria sobre la identidad nacional. No es casualidad (y no lo es por proceder del ámbito historiográfico francés que tan tardíamente se ha incorporado al estudio del nacionalismo) que en el fascinante trabajo de Alain Corbin sobre la identidad de Louis-François Pinagot la identidad nacional quedó, precisamente, sin estudiar³⁵.

En este sentido, probablemente la mejor manera de aproximarnos a cómo los individuos experimentaron la identidad nacional pasa por la necesidad de un cruce de caminos entre la historia social y cultural y los trabajos dedicados, desde la sociología y la antropología, al estudio de la vida cotidiana, algo todavía muy poco practicado³⁶. ¿Por qué una reflexión tan útil como la de Michel de Certeau sobre la invención de lo «cotidiano» en los años ochenta tuvo tan poco aprovechamiento en este sentido? Ciertamente, la dimensión nacional tampoco llegó a ser vislumbrada por el propio autor, a pesar de su interés en los espacios vividos, ya fuera la ciudad o el barrio³⁷.

Pero en ningún caso se trata de sustituir un ámbito problemático, como es el de la experiencia, por una solución aparentemente

³⁵ Alain CORBIN: *Le monde retrouvé de Louis-François Pinagot: Sur les traces d'un inconnu (1798-1876)*, París, Flammarion, 2008 (1998).

³⁶ Una excepción es Rogers BRUBAKER *et al.*: *Nationalist politics and everyday ethnicity in a Transylvanian town*, Princeton, Princeton University Press, 2006. Aunque el trabajo se centra fundamentalmente en las distinciones entre grupos étnicos. Sobre este aspecto, es indispensable Christian KARNER: *Ethnicity and Everyday Life*, Londres-Nueva York, Routledge, 2007. El mejor trabajo dedicado al conjunto de un Estado-nación es la admirable obra de Richard JENKINS: *Being Danish: Paradoxes of Identity in Everyday Life*, Tusculanum, University of Copenhagen, 2011.

³⁷ Véase, especialmente, Michel DE CERTAU, Luce GIARD y Pierre MAYOL: *L'invention du quotidien. 2. Habiter, cuisiner*, París, Gallimard, 1994 (1980).

inmediata. La noción misma de vida cotidiana y la posibilidad de abordar su estudio ha sido sometida a un intenso debate que se extiende por varias décadas³⁸. La vida cotidiana y sus marcos creadores de significado, así como las «rutinas» resultantes, no son dimensiones que puedan explicarse de manera mecánica, automática.

Como señalaron Peter Berger y Thomas Luckmann, entre muchas realidades, la *realidad* por excelencia es la realidad de la vida cotidiana. Es muy significativo que en su obra más característica, uno de los trabajos más importantes que ha fundamentado la perspectiva constructivista en sociología (y que está, asimismo, en la base de buena parte de los planteamientos constructivistas aplicados al estudio de la nación), los autores insisten frecuentemente en dar por garantizado el marco nacional en la manera como los sujetos construyen la realidad en su vida cotidiana, como si no tuviese que ser explicado. A diferencia de lo que sucede con las demás dimensiones que los autores contemplan y de las que insisten precisamente en explicar por qué los sujetos las consideran naturales, la construcción social de la realidad nacional está ausente o abordada con extrema ingenuidad³⁹.

Las experiencias de nación como *continuum*

Señalábamos antes que una dimensión clave en el estudio de los procesos de nacionalización pasa necesariamente por adoptar una perspectiva compleja para el análisis de la relación de los sujetos respecto de la «cultura nacional» y la específica interiorización de la identidad nacional. En términos generales, cabe plantear la necesidad de una interacción entre la existencia de unas prácticas generadoras de una cultura nacional a la vez promovida y facilitada por el Estado y las producidas desde abajo; una interacción que llegue a convertirse en un espacio de reproducción cotidiana de la iden-

³⁸ Susie SCOTT: *Making Sense of Everyday Life*, Cambridge, Polity Press, 2009.

³⁹ A pesar del potencial de lo que es una descripción *avant la lettre* de la «comunidad imaginada», véase el poco desarrollo que los autores ofrecen de la percepción de una identidad nacional en Peter BERGER y Thomas LUCKMANN: *The social construction of reality. A treatise in the Sociology of Knowledge*, Londres, Penguin, 1991 (1966), pp. 45-46, también pp. 48 y 194 y ss. Tampoco al referirse a las lenguas la dimensión nacional es abordada (pp. 56 y ss).

tividad nacional⁴⁰. En definitiva, que la de la nación sea una «experiencia» mediante esta doble articulación.

En las páginas de este mismo dossier, Alejandro Quiroga plantea abordar el estudio del proceso de nacionalización a través de la interacción de tres esferas en cierta manera jerarquizadas: la esfera pública, la que el autor denomina semipública y la privada⁴¹. De esta manera se podría plantear una perspectiva que contemple desde la acción del Estado, pasando por la sociedad civil hasta la dimensión individual. Sin duda, es necesario establecer esta distinción conceptual entre esferas aunque probablemente funcionen más como tipos ideales que como formas de definir la realidad social. En el fondo, en mi opinión, las tres esferas se articulan en una suerte de *continuum* (aunque moviéndose en direcciones permanentemente cambiantes).

La dimensión nacional implica necesariamente un ámbito político (ya existente o deseado) sin el cual la comunidad imaginada no puede articularse y al cual la pluralidad de experiencias e identidades sociales debe apuntar. Pero es a través de los mecanismos culturales de representación de la identidad propia como la comunidad imaginada llega a dotar de sentido las experiencias de nación. A través, en definitiva, de unas narrativas de pertenencia e identidad, mediante las cuales los individuos elaboran sus propias experiencias de la nación.

Por ello, al situar las experiencias como eje del estudio de la identidad nacional, se nos revela el carácter cualitativo de esta última, no cuantitativo. Todo análisis de los procesos de nacionalización debe tener presente, por tanto, que junto a la cuantificación de mecanismos o recursos (sin duda muy relevantes para establecer marcos de posibilidad) hay una dimensión que sólo el estudio concreto de las construcciones culturales por parte de los sujetos y grupos puede abordar.

⁴⁰ Con todo habría que establecer una diferencia básica en el caso de construcciones nacionales no sólo vinculadas a un Estado, sino con dinámicas si no alternativas, si propias. Para el caso de Escocia en el siglo XIX se ha apuntado precisamente la importancia de las dinámicas cotidianas independientemente de la acción del Estado británico. Véase Graeme MORTON: «Out of place», en Trevor GRIFFITHS y Graeme MORTON (eds.): *A history of everyday life in Scotland, 1800 to 1900*, Edimburgo, Edinburgh University Press, 2010, pp. 256-287.

⁴¹ Avanzadas en Alejandro QUIROGA: «Les tres esferes. Cap a un model de la nacionalització a Espanya», *Segle XX*, 4 (2011), pp. 143-160.

Las experiencias de nación deben ser entendidas en un sentido plural, en la medida que se articulan de manera inseparable y en interacción con identidades de clase, de género y étnicas (y en un nivel distinto, con el factor de la edad como elemento clave: aprender la nación ha sido históricamente una experiencia básica en la infancia). Estas identidades, a su vez, no son ni previas ni fundamentales, frente a la de nación, sino que actúan en planos distintos pero equiparables en cada sujeto. Sin jerarquías o, mejor dicho, con jerarquías en rotación, selectivas, de acuerdo con los cambiantes contextos históricos. En todo caso, y siempre, son identidades que apuntan hacia maneras distintas de experimentar la nación.

Pero asimismo, y lo planteamos como propuesta analítica en lo que resta de artículo, un aspecto decisivo es el aportado a partir de la dimensión «espacial», en concreto mediante la consideración del ámbito de lo local/regional como mediador decisivo en las experiencias de nación. En el contexto europeo la comunidad imaginada se ha experimentado de manera privilegiada a través del horizonte local, que dota de sentido colectivo las rutinas de la vida cotidiana y las conecta con la comunidad a la que se pertenece⁴².

A su vez, la dimensión espacial comporta la articulación diferenciada de los espacios urbanos o rurales en su relación con experiencias sociales y de esferas comunicativas parcialmente distintas. Sin embargo, la importancia de la dimensión local/regional, así como genéricamente la importancia de la forma de vida rural (y su supuestamente limitador apego al sentido de lo local e inmediato), no pueden ser vistas *a priori* como pruebas de falta de modernidad y, consiguientemente, como obstáculos para una «verdadera» nacionalización. Si, como señalábamos, la idea weberiana del paso de campesinos a ciudadanos nacionalizados debe ser criticada por teleológica, ello implica una reconsideración en profundidad de las experiencias articuladas en estas esferas, que no puede resolverse tampoco mediante una secuencia de ritmos o etapas hasta su consecución exitosa (o fracaso)⁴³.

⁴² Anthony P. COHEN: *The Symbolic Construction of Community*, Londres, Routledge, 1985, y Alon CONFINO: *The nation as a local metaphor: Württemberg, Imperial Germany, and National Memory, 1871-1918*, Durham NC, North Carolina Press, 1999. Véase el dossier de Xosé M. NÚÑEZ SEIXAS (coord.): «La construcción de la identidad regional en Europa y España (siglos XIX y XX)», *Ayer*, 64 (2006), pp. 11-231.

⁴³ James R. LEHNING: *Peasant and French. Cultural Contact in Rural France during the Nineteenth Century*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995.

Para el desarrollo de unas propuestas eficaces de historia social de las identidades nacionales, cabe no olvidar que los espacios, todos los espacios, son construcciones culturales y no algo dado de antemano⁴⁴. Se esté completamente de acuerdo o no con los postulados del denominado «giro espacial» en la historiografía, uno de sus legados más perdurables es el de la concepción del espacio como algo que se construye e interpreta, también a través de unas narrativas de pertenencia⁴⁵. En este sentido, el ámbito del Estado-nación, la región, el ámbito local, el espacio urbano o rural son espacios a los que se dota de sentido para la construcción de la identidad, y en los cuales, en grados diversos de complejidad, se experimenta la identidad nacional. Nada resultaría más útil que una «descripción densa» de los significados de estos espacios y las formas de representación en que se articulan.

A la ciudad como dimensión específica (y no homogénea, con la capital de Estado o la ciudad de «provincias» como ejemplos de jerarquía distinta respecto de la nación)⁴⁶, cabría añadir, además, el «barrio», esto es, el espacio concreto urbano en que se habita, especialmente relevante en las grandes ciudades. Así como hay que añadir la calle. En ambos casos, sea el espacio que se habita o al que se desplazan los individuos, articulan el ámbito de la experiencia. No hay más que pensar en la segregación espacial, de acuerdo con criterios de clase (pero también raciales o de género) para entender la manera como las comunidades obreras pudieron experimentar la ciudad.

Por otra parte, el estudio de los lugares de sociabilidad en el espacio urbano (o rural) resulta clave: teatros o tabernas, cines u operas, además de las iglesias. En todos ellos, aunque de maneras distintas, se pudo transmitir y compartir ideas de nación⁴⁷. A medida

⁴⁴ En la estela de Henri LEFEBVRE: *The Production of Space*, Oxford, Blackwell, 1991.

⁴⁵ Simon GUNN: «The Spatial Turn: changing histories of space and place», en Simon GUNN y Robert J. MORRIS: *Identities in Space: Contested Terrains in the Western City since 1850*, Aldersot, Ashgate, 2001, pp. 1-18.

⁴⁶ William WHYTE y Oliver ZIMMER (eds.): *Nationalism and the Reshaping of Urban Communities in Europe, 1848-1914*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2011.

⁴⁷ Los espacios públicos, teatros, cines, plazas de toros o estadios, han funcionado históricamente como espacios privilegiados de expresión de pautas de sociabilidad propias por parte de las clases populares, ajenas a las pautas de la sociabilidad burguesa.

que el tiempo de ocio se incrementó, la relevancia de estos espacios de sociabilidad fue creciendo, y especialmente en el caso de las clases populares. Jerrold Seigel ha argumentado que la creciente importancia de la cultura para las clases medias europeas del siglo XIX, a medida que se iban transformando e incrementando los canales (museos, conciertos, periódicos...) permitió un proceso doble: de experiencias a la vez públicas y más privadas en la medida que permitieron el desarrollo de prácticas (de lectura o audición, por ejemplo) más autónomas⁴⁸. En el caso de las clases populares, el desarrollo de pautas de ocio de consumo de masas tuvo un significado seguramente distinto, pero tal vez no del todo⁴⁹.

En los espacios urbanos, ha sido repetidamente destacada la importancia del estudio de la presencia de los símbolos y mitos nacionales sea a través de los nombres de las calles, la presencia de monumentos o banderas⁵⁰. Asimismo, cabe destacar la importancia del análisis del despliegue simbólico del poder público. Por ejemplo en las capitales de Estado, con la presencia física del poder político, la monarquía o la jefatura de Estado y sus rituales (desfiles, paradas, ceremonias nupciales...). Pero también su presencia delegada en los demás ámbitos urbanos jerárquicamente inferiores, esto es, en la «provincia»⁵¹. De no escaso interés sería añadir el estudio del despliegue de la policía o el ejército en los espacios urbanos y rurales⁵². ¿Cómo fueron percibidos, asumidos o rechazados por los individuos?⁵³

⁴⁸ Jerrold SEIGEL: *Modernity and the Bourgeois Life. Society, politics and culture in England, France and Germany since 1750*, Cambridge, Cambridge University Press, 2012, pp. 414 y ss.

⁴⁹ Por otra parte, plantear una rígida distinción entre culturas orales y escritas y las consiguientes diferencias en la difusión de pautas culturales, o de difusión de la identidad nacional, se encuentra con el escollo de que frecuentemente ambas coexistieron, en una relación de conflicto y reforzamiento. En este sentido, la difusión de la alfabetización y escolarización no fue un mecanismo de dirección única. Para el caso inglés, David VINCENT: *Literacy and Popular Culture, England 1750-1914*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989.

⁵⁰ Las monedas y billetes y los sellos como objetos de circulación cotidiana producidos por el Estado desempeñarían un papel complementario.

⁵¹ Para el caso francés, Nicolas MARIOT: *Bains de foule. Les voyages présidentiels en province, 1888-2002*, París, Belin, 2007.

⁵² La vinculación local de los cuarteles ha sido señalada para Francia por Annie CRÉPIN: *Histoire de la conscription*, París, Gallimard, 2009.

⁵³ Un trabajo modélico sobre los símbolos nacionales y los marcos de su fun-

Por otra parte, la calle (donde están forzados a vivir en gran medida las clases populares hasta bien entrado el siglo XX) es el escenario privilegiado en el que se experimentó la política en el siglo XIX, y en buena parte del XX⁵⁴. La calle era el lugar de las disputas simbólicas (y no simbólicas), un espacio para la apropiación, frecuentemente con itinerarios y rituales fijados. Sin duda uno de los agentes decisivos de nacionalización de las masas han sido las culturas políticas, del liberalismo ochocentista al fascismo o comunismo, en todos los grupos sociales, aunque esta función nacionalizadora todavía no haya alcanzado el debido reconocimiento. Las diversas culturas políticas desplegaron instituciones, y prácticas propias, pero siempre en contextos nacionalmente definidos (lo cual está sólo matizado, no desmentido, en el internacionalismo obrerista) y experimentados localmente. En el caso de las clases populares, el desarrollo de subculturas propias, a través de espacios de sociabilidad específicos (que eran un eco de las pautas de la sociabilidad política burguesa) permitió la circulación entre lo público y lo privado con extremada facilidad⁵⁵. La identidad individual y la pertenencia a una cultura política se volvieron inseparables. Muchos trabajadores ingleses, alemanes, españoles o franceses aprendieron la nación a través de los discursos y las prácticas de sus adscripciones ideológicas, ya fueran socialistas u obreros católicos.

Por otra parte, sería muy interesante prestar atención a la decoración urbana en ciertos acontecimientos públicos y sobre todo a las formas de autoexpresión (pintadas, murales, colgaduras en las ventanas en ocasión de conmemoraciones civiles o religiosas) para

ción comunicativa es Karen A. CERULO: *Identity Designs. The Sights and Sounds of a Nation*, New Brunswick NJ, Rutgers University Press, 1995. La autora se inclina por afirmar que se pueden trazar pautas predecibles (vinculadas a las normas de la expresión simbólica) en la recepción de los símbolos nacionales, aunque su investigación no aborda propiamente la recepción sino los marcos y estructuras comunicativos. Un tanto decepcionante, a pesar del amplio marco analítico, es Gabriela EL-GENIUS: *Symbols of Nations and Nationalism. Celebrating Nationhood*, Basingstoke, Palgrave, 2011, pp. 25-26.

⁵⁴ A propósito de Francia se ha podido señalar que la calle: «elle est sans aucun doute à la fin du XIX siècle le réceptacle principal de la descente de la politique dans les masses», Jean P. RIOUX y Jean F. SIRINELLI: *La culture de masse en France. De la Belle Époque à aujourd'hui*, París, Fayard, 2002, p. 111.

⁵⁵ Un repertorio clásico en Maurice AGULHON: «Les citadins et la politique», en Georges DUBY (dir.): *Histoire de la France urbaine*, t. 4, *La ville de l'Âge industriel*, París, Seuil, 1983, pp. 563-631.

entender la interacción simbólica de la calle con el espacio urbano y nacional. Asimismo, aunque en otro sentido, en el espacio de la calle, cabría analizar los contenidos y referentes que pudieran aparecer en los anuncios en paredes y comercios (ya sean de productos nacionales o «extranjeros», o los llamados «coloniales») o en la publicidad de espectáculos artísticos, teatrales, musicales o cinematográficos⁵⁶. Todos ellos elementos destacados de percepción cotidiana, ya sea por su abundancia en ciertos espacios urbanos o por lo llamativo de su presencia en ámbitos rurales.

Incluso las experiencias vividas en la escuela, lejos de ser un elemento ajeno o simplemente externo vinculado a la acción estatal o municipal (o en su defecto a las congregaciones religiosas o instituciones privadas), se insertan en la dimensión local (y de barrio) por definición. Separar lo que los escolares aprenden de su contexto inmediato empobrece nuestra comprensión de su significado. Tanto si la escuela ocupaba un lugar central en la estrategia de promoción o consolidación social, como si resultaba ser un elemento más problemático como sucedió frecuentemente hasta bien entrado el siglo xx en el desarrollo de la vida de las clases populares. Ciertamente, algunos elementos del currículo educativo, clásicamente dedicados a la nacionalización, como la enseñanza de la historia, podían resultar más o menos aislados de las experiencias cotidianas. ¿Qué concepción de la historia tenían las clases populares —tal vez con matiz de género que no puede ignorarse—, urbanas o rurales?⁵⁷ Tal vez cabría explorar que para amplios sectores de las clases populares urbanas en su despliegue histórico (y por tanto

⁵⁶ Ha señalado la contribución de las calles parisinas a la construcción de la comunidad imaginada, Vanessa SCHWARTZ: *Spectacular Realities. Early Mass Culture in Fin-de-Siècle Paris*, Berkeley, University of California Press, 1998. Específicamente sobre los carteles como forma francesa de publicidad en la Tercera República, Aaron J. SEGAL: «Commercial Immanence: The Poster and Urban Territory in Nineteenth-Century France», en Clemens WISCHERMANN y Elliot SHORE (eds.): *Advertising the European City: Historical Perspectives*, Aldershot, Ashgate, 2000, pp. 113-138.

⁵⁷ Tomo la sugerencia a partir de las palabras de Richard Hoggart, refiriéndose a su abuela, en el periodo de entreguerras: «She had no sense of historical perspective, how could she have? All the evidence was what contained in the odd evidence of the memories of their generation Working class people have virtually no sense of their own history». Richard HOGGART: *A local habitation. Life and times*, vol. I, 1918-1940, Londres, Chatto and Windus, 1988, pp. 10-11. Pero el mismo autor añade que las referencias derivadas de la prensa sensacionalista o a través del pùpito eran sus fuentes de información.

el tiempo de la nación, el eje pasado-presente) tuvo menos importancia que el «espacio», el dónde del presente (por tanto el aquí y ahora) al vivir la nación. El relato temporal e histórico es clave para los sectores intelectuales y para las acciones institucionalizadas (por el Estado, pero no sólo) pero tal vez no tanto para las clases populares (aunque tal vez no pueda generalizarse para los ámbitos rurales la manera de experimentar el tiempo). Ello no significa que la nación no tuviera sentido para ellos, pero sí que lo podía tener distinto a como se ofrecía desde los relatos codificados.

Un elemento asociado a la escolarización, pero también de manera decisiva a la presencia general en la esfera pública (en anuncios, proclamas, nombres de calles, prensa que se vocea...) así como en el ámbito familiar, es el del aprendizaje de la «lengua nacional». No pretendo insistir ahora en la importancia de la difusión de la alfabetización, pues todos los estudios sobre los procesos de nacionalización insisten en la centralidad de la misma (o en la constatación de su fracaso, según el caso a estudiar). Sin embargo, en lo que se insiste menos es, por una parte, en los efectos diglósicos de jerarquización entre la lengua oficial y otras lenguas autóctonas, que conlleva el prestigio de aquella lengua vinculada al Estado y a la cultura oficial (prestigio que es frecuentemente asumido primero por las clases medias y después por las clases populares de territorios con otras lenguas).

Por otra parte, tampoco se ha insistido suficientemente en el proceso mismo del aprendizaje, en la elaboración de acentos distintivos que diferencian claramente clases sociales y grupos regionales, y que son el resultado de procesos de imposición. En este sentido, lenguas socialmente muy codificadas, como el inglés o el francés, establecen distinciones internas de enorme complejidad dentro de la lengua nacional supuestamente común (estigmatizando o inventando los «dialectos» o *patois*). A su vez, casos como el italiano, el francés o el español (y en otro sentido el alemán), los Estados hicieron frente a una diversidad lingüística previa, no menos generadora de diferencias y jerarquizaciones.

Por último, un elemento fundamental que cabe añadir es el espacio inmediato donde se habita: la casa, el interior donde se desarrolla (al menos para las clases medias y altas, y crecientemente en el siglo XX para las clases trabajadoras) la dimensión clave de la vida privada, pero que es a su vez la condición de posibilidad de la vida

pública, la piedra de toque donde la distinción público/privado cobra sentido. Como señalaron Michel Perrot y Roger Guerrand, en este espacio privado se materializan «las miras del poder, las relaciones interpersonales y la búsqueda de sí mismo»⁵⁸. En la casa, en el «hogar» es donde se despliega, además, la distinción de géneros (responda o no a la supuesta división de roles sexuales) y se ejerce y aprende la moralidad social y sexual. Se puede afirmar, en realidad, que la nación se ha aprendido y experimentado en la casa antes que en ningún otro lugar. Es en la casa donde se produce en primera instancia el aprendizaje «moral» de los niños, y de las normas de urbanidad⁵⁹. Pero, asimismo, la casa es el espacio de prácticas de privacidad como la lectura en voz alta o la práctica de actividades musicales, cuyos contenidos específicos (qué novelas, periódicos o repertorio musical —culto o popular— concreto) convendría desentrañar, aunque con toda probabilidad marcado en gran medida por contenidos nacionales. Asimismo, la decoración de las casas (pinturas, grabados, iconografía religiosa...), especialmente a partir del primer tercio del siglo XIX para las clases medias⁶⁰, aunque más tardíamente para las clases populares, conforma programas con contenidos locales y nacionales que no pueden ser ignorados. En definitiva, estos elementos, conformaban el ámbito de las rutinas de la vida cotidiana por excelencia. En la medida en que en las primeras décadas del siglo XX se introdujo la radio en las casas, y a partir de la segunda mitad del siglo XX la televisión, el ámbito doméstico (con una cantidad creciente de horas de consumo audiovisual) quedó explícitamente relacionado con la esfera comunicativa nacional, más aún que con la difusión de la prensa o la novela.

En conexión con el elemento anterior (aunque no sólo, pues afecta al espacio de lo privado familiar pero también al público) cabe señalar la importancia de las «cosas», de los objetos, para la construcción de la identidad individual, especialmente a medida

⁵⁸ Philippe ARIÉS y Georges DUBY (dirs): *Historia de la vida privada*, t. 4, *De la Revolución francesa a la Primera Guerra Mundial*, Madrid, Taurus, 2001, p. 315. Una indagación fascinante en Michelle PERROT: *Historia de las alcobas*, Madrid, Síruela, 2011.

⁵⁹ Normas que no son ajenas a pautas culturales nacionales, como mostró en sus trabajos Norbert Elías. Aunque una obra problemática, véase Norbert ELÍAS: *Los alemanes*, México, Instituto Mora, 1999.

⁶⁰ Deborah COHEN: *Household Gods. The British and their Possessions*, New Haven-Londres, Yale University Press, 2006.

que se despliega una sociedad de consumo de masas y la posibilidad de acceder a poseer objetos más allá de la mera utilidad⁶¹. Importancia para la autorrepresentación de los individuos en diálogo con la imagen que los demás tienen de nosotros, así como la articulación de identidades colectivas (de clase y género, por ejemplo). En efecto, los «objetos» son clave a la hora de percibir el nosotros y distinguírnos, afectan decididamente a nuestra manera de presentarnos en sociedad, por decirlo a la manera de Erving Goffman. En este sentido, la ropa (de la mano de las costumbres) ha desempeñado un papel decisivo a la hora de definir características nacionales⁶². Sin duda al desplazarse al extranjero y establecer contrastes estereotipados, pero en general interpretadas en el seno de una narrativa de lo característicamente propio (vestidos «regionales» o «nacionales» incluidos)⁶³ o de un «estilo» propio (como en el caso italiano y francés).

Los «objetos» no son sólo elementos inertes, sino que están dotados de significados, individuales y colectivos⁶⁴. Sirven como instrumentos a través de los cuales se experimenta a qué colectivo se pertenece. La producción en serie de iconos: de la monarquía, de la patrona o santo local, del equipo de fútbol o de la bandera nos pueden servir como ejemplos⁶⁵. El desarrollo de una cultura material asociada a la nación cumple una función clave en la naturalización de la identidad nacional⁶⁶.

Sería en la interacción, y cabe insistir en la idea de interconexión, de todas estas dimensiones y espacios apuntados aunque sin voluntad de exhaustividad alguna, donde las experiencias (na-

⁶¹ Daniel MILLER (ed): *Home possessions. Material culture behind closed doors*, Oxford-Nueva York, Berg, 2011, e id.: *The Comfort of Things*, Cambridge, Polity Press, 2008.

⁶² Además de, en otro sentido, la comida, del *roast beef* inglés frente a la alta cocina francesa pasando por la globalizada cocina italiana.

⁶³ Christopher BREWARD, Becky E. CONEY y Caroline COX (eds.): *The Englishness of English dress*, Oxford-Nueva York, Berg, 2002.

⁶⁴ La pauta antropológica la marcaron Mary DOUGLASS y Baron ISHERWOOD: *The World of Goods: Towards an Anthropology of Consumption*, Harmondsworth, Penguin, 1980. Un análisis clásico y todavía muy sugerente es el de Asa BRIGGS: *Victorian Things*, Harmondsworth, Penguin, 1990.

⁶⁵ Una sorprendente investigación sobre la monarquía y la producción de una cultura material es Eva GILOI: *Monarchy, Myth and material culture in Germany, 1750-1950*, Cambridge, Cambridge University Press, 2011.

⁶⁶ Tim EDENSOR: *National identity...*

cionalizadas) de la vida cotidiana se convertirían en rutinas. Se trazaría así, como señalábamos, un *continuum* entre las lógicas (institucionalizadas o marcadas por su esfera comunicativa o «cultura nacional») y las de las experiencias individuales de la vida cotidiana aparentemente más alejadas.

Coda

La concepción que hemos propuesto de la identidad nacional como un *continuum* de separaciones frágiles entre sus diversos espacios puede llevarnos a pensar que la de la nación es una especie de inmensa losa que penetra y se impone sobre todas las experiencias individuales, en una suerte de «totalitarismo» cognitivo. En mi opinión, ése es un peligro posible en la definición antes reseñada de U. Özkirimli, de la nación como marco de referencia omnipresente. Sin embargo, podemos orillar este peligro recordando que, en primer lugar, para que esta explicación tenga sentido, hay que contar con su «banalidad», con su dimensión no consciente ni siempre igual. En segundo lugar, insistiendo en la idea de que los individuos nunca son sujetos vacíos en espera de ser rellenados por lógicas externas. Sin duda, los individuos son los actores de su propia historia, aunque no siempre conozcan y controlen el marco en que se desarrolla. Pero la de la identidad nacional es una doble identidad, individual y colectiva, que puede ser experimentada de muchas maneras: desde la puntualmente exaltada (ante un conflicto bélico o espectáculo deportivo), pasando por la condición de ansiedad ante una amenaza percibida como real, hasta la literalmente «banal», cuando no existe peligro en la afirmación de la propia identidad. Las diferentes dimensiones apuntadas tratan de incidir, precisamente, en que los canales a través de los cuales se construyen los marcos de la experiencia nacional no son definitivos ni inamovibles. Depende, en última instancia, de los sujetos la elaboración de las narrativas que puedan dotar de sentido los diferentes espacios en que sus vidas se desenvuelven.

En definitiva, en el estudio de los procesos de nacionalización no debemos olvidar nunca que el objetivo último debe apuntar hacia sujetos concretos y sus experiencias. Como ha señalado Anthony Cohen, la nación es mediada a través de la propia identidad

del yo. Lo que no implica la irrelevancia de los contextos ni presupone que los sujetos actúen sin horizontes culturales (incluidas narraciones colectivas de identidad) que los condicionan⁶⁷. La nación no se elige como quien va a comprar a un mercado.

Al final, en lo que es un ejercicio de imposibilidad histórica, si pudiéramos conocer la manera como todos los individuos de un espacio y tiempo concreto narraron y se narraron a sí mismos su identidad nacional tendríamos el perfil exacto de la nacionalización, y conoceríamos cómo funcionaron todas las experiencias disponibles. Pero, en realidad, tendríamos algo parecido a una cacofonía de voces. Algunas más potentes que otras, eso sí. Sería una suerte de mapa borgeano del territorio de la nación, excesivo e inútil. Con certeza, lo único que podremos llegar a trazar son algunos de los marcos en los cuales los sujetos pudieron experimentar los procesos de nacionalización, así como algunos de los lenguajes de nación, las narrativas, que elaboraron para dotarlos de sentido.

⁶⁷ La idea de un «nacionalismo personal» no significa que niegue el horizonte simbólico compartido. Anthony P. COHEN: «Peripheral vision. Nationalism, national identity and the objective correlative in Scotland», en Anthony P. COHEN: *Signifying Identities. Anthropological Perspectives on Boundaries and Contested Values*, Londres, Routledge, 1999, pp. 145-169.